

ÍNDICE

Introducción	3
1. El gozo de celebrar la fidelidad de Dios	5
2. El gozo de la vocación: llamados para ser enviados	6
3. El gozo de vivir como Iglesia: “Venid y veréis” (Jn 1,39)	9
4. El gozo de servir a nuestra Iglesia, Pueblo de Dios que camina en Burgos	12
5. El gozo de salir a comunicar el Evangelio	16
6. El gozo de sembrar como discípulos misioneros	18
7. El gozo de celebrar los frutos del Espíritu Santo en nuestra vida	21
8. La Virgen María, gozo de nuestro pueblo	23

“SE ALEGRA MI ESPÍRITU EN DIOS, MI SALVADOR”

(Lc 1,47)

En el gozo del Espíritu

*Tú, estremecida de gozo, cantaste las maravillas del Señor.
Tú, que estuviste de pie ante la cruz con una fe inquebrantable
y recibiste el alegre consuelo de la Resurrección,
recogiste a los discípulos en la espera del Espíritu
para que naciera la Iglesia evangelizadora.
Consíguenos ahora un nuevo ardor de resucitados
para llevar a todos el Evangelio de la vida.*

(Papa Francisco, EG 288)

Al cumplirse cincuenta años de mi ordenación sacerdotal, deseo dirigiros esta Carta Pastoral para compartir con vosotros mi profunda acción de gracias y la inmensa alegría por esa realidad que ha dado y sigue dando sentido, muy concreto y especial, a mi existencia. Mi vida sacerdotal me ha permitido experimentar la dicha de seguir a Jesucristo sirviendo en la Iglesia a quienes, como vosotros, sabéis reconocer y agradecer las maravillas que el Amor de Dios sigue realizando en nuestra historia.

Este aniversario tiene lugar en el mes de mayo, dedicado de modo especial a la Virgen María, y coincide con la celebración de la fiesta de Pentecostés. Los cristianos hacemos memoria actualizada de la acción permanente del Espíritu Santo en la creación entera, en el caminar del

Pueblo de Israel, en la Encarnación y en el ministerio de Jesús, y de un modo especial en el origen y en el envío de la Iglesia para llevar adelante su misión en medio de los pueblos de la tierra.

La celebración de Pentecostés es especialmente importante en nuestro tiempo, cuando en la Iglesia, Pueblo de Dios que camina en la historia, redescubre con mayor intensidad y compromiso que su vocación es evangelizar. Y sabemos, como recordaba el beato Papa Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi*, que el Espíritu Santo es el agente principal, el protagonista, de la obra evangelizadora (EN 75). Así, llenos del Espíritu, como María, todos los bautizados podremos irradiar la luz y la alegría del Evangelio.

Hace poco más de un año os dirigía la Carta Pastoral *Para que tengan Vida*, como invitación para seguir comunicando y transmitiendo la Vida inagotable que brota de la Trinidad y que se manifiesta en nuestro mundo a través de la Muerte y Resurrección de Jesucristo. Esa Vida se hace realidad en nuestra vida gracias al Espíritu Santo a quien confesamos como “Señor y dador de Vida”. Su presencia fecunda y silenciosa en la Iglesia y en cada uno de nosotros es como el aire que respiramos: apenas lo percibimos pero, aunque invisible y oculto a nuestra mirada, nos permite vivir.

Evocando la fecha de mi ordenación sacerdotal, unido al mismo Jesús y a María nuestra Madre, “se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador” y repito con el Salmo: “Este es el día que hizo el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo” (Sal 118, 24). Con ese especial gozo del Espíritu, con vosotros y en medio de vosotros, os ofrezco estas breves reflexiones para uniros a mi acción de gracias y seguiros convocando y exhortando a la gozosa tarea de evangelizar. Deseo mirar con vosotros al pasado como impulso hacia el futuro, para que todos juntos continuemos evangelizando en nuestro contexto, pero abiertos a las necesidades de la Iglesia en el mundo entero. Os invito a unir nuestros esfuerzos y objetivos, a compartir lo que somos como Iglesia, a redescubrir lo que podemos aportar a nuestro mundo. Estoy seguro de que el Espíritu de Pentecostés dará aliento a nuestros corazones y purificará nuestra mirada para contemplar la realidad con ojos renovados y llenos de esperanza.

1. EL GOZO DE CELEBRAR LA FIDELIDAD DE DIOS

“Dad gracias al Señor porque es bueno: porque es eterna su misericordia” (Sal 136,1).

La palabra “misericordia” que resuena en este salmo, en el lenguaje bíblico de la alianza entre el Señor y su pueblo, expresa la fidelidad, la lealtad, el amor eterno del Señor. Aclamar la fidelidad de Dios es el motivo primero y más profundo de esta celebración jubilar.

He celebrado mi aniversario en compañía de otros hermanos sacerdotes que también dan gracias a Dios por sus setenta, sesenta, cincuenta o veinticinco años de sacerdocio. Lo celebramos juntos en la fiesta de san Juan de Ávila, patrono del clero español, acompañados por los sacerdotes de la diócesis, sintiéndonos hondamente unidos como presbiterio, en un ministerio que ha de servir para que el sacerdocio bautismal se haga realidad y se despliegue en todos los miembros de nuestra Iglesia.

Esta celebración jubilar es un acto profundamente sacerdotal: nosotros, ordenados como presbíteros o como obispo, nos sentimos acompañados por familiares y amigos, y por todo el pueblo sacerdotal, el “santo pueblo fiel de Dios”, como le gusta decir al Papa Francisco. Por eso, lo vivimos como un acto hondamente eclesial. Pocas veces el obispo experimenta su servicio a la comunión como en esta ocasión. Se hace real la conocida expresión de san Cipriano: “donde están el obispo y su presbiterio allí está la Iglesia, y donde está la Iglesia allí está el obispo y su presbiterio” (cf. Ep 66,8). Por eso es una celebración jubilosa, en la que brota de modo espontáneo la alabanza a Dios, el recuerdo agradecido de tantas personas que nos han acompañado en este camino y el compromiso de seguir consagrándonos al anuncio del Evangelio, a la anticipación del Reino de Dios, a la transformación del mundo, a la felicidad de los demás. ¡Con cuántas personas he ido compartiendo recorridos concretos en el caminar de todos estos años! A todas y a cada una os incorporo, en este aniversario, en la acción de gracias a Dios.

La celebración jubilar, vivida en los últimos días de la cincuentena pascual y bajo la mirada maternal de la Virgen, nos permite profundizar y saborear el sentido más radical de nuestra vocación, el encanto y la frescura de nuestro compromiso inicial, la pureza del amor primero, que

nos empujó a entregar nuestra vida al servicio de la Iglesia. Personalmente puedo compartir con sencillez y especialísimo agradecimiento cuándo, dónde y cómo percibí por primera vez, unos meses antes de cumplir los doce años, la llamada de Jesucristo: deseé y decidí al mismo tiempo, con honda alegría y serenidad, vivir unido a Él y ayudando a los demás a ser felices. ¿Cómo? Siendo sacerdote. Dios sabrá por qué desde entonces (hace ya 62 años) he seguido percibiendo siempre con claridad y actualidad esa misma llamada, que progresivamente fui viviendo como concreción de la gracia bautismal. El Señor me enseñó el sendero de la vida y me llena de gozo en su presencia (cf. Sal 16, 11).

Quienes hemos recibido la llamada del Señor, con los matices concretos y específicos en cada caso, podemos reconocer con particular gratitud y verdadero realismo, que el Espíritu Santo es el que nos condujo con su aliento desde los primeros pasos, el que nos hizo percibir la llamada personal a seguir las huellas de Jesús, el que nos animó a superar momentos de dificultad e incertidumbres, el que nos otorgó la fuerza para discernir los cambios que ha experimentado nuestra Iglesia y nuestro mundo a lo largo de estas décadas, el que sigue haciéndonos sensibles a los problemas de nuestro tiempo y de nuestros contemporáneos... Acogido y apoyado en el Espíritu Santo, siento también la necesidad de afirmar que, en el ya largo recorrido desde mi infancia hasta hoy, el Dios de la misericordia y de la fidelidad ha ido acompañando mi vida en el caminar normal de cada día bajo el amparo de la Virgen, nuestra Madre.

2. EL GOZO DE LA VOCACIÓN: LLAMADOS PARA SER ENVIADOS

“Llamó a los que quiso... para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar”
(Mc 3,13-14).

La llamada, que es siempre profundamente personal, no puede ser vivida de modo individual o aislado, sino como un acto eclesial. Hemos sido llamados para servir en nuestra Iglesia a fin de que los seguidores de Jesús sean realmente Iglesia, que se levanta sobre el testimonio y la misión de los apóstoles, que se apoya en el acontecimiento de Pascua y Pentecostés.

Por eso vivimos nuestra vocación desde su núcleo más genuino como envío, como misión, como tarea. Nuestra vocación lo es a “estar-con-Jesús” y “vivir-para-su misión”. La “unión” con Él ha de aspirar a “contagiar” de Él a todos nuestros hermanos, ya que tal es la misión evangelizadora. Hemos sido llamados y enviados a actuar como pastores para que nuestras comunidades sean también fieles a su origen apostólico y a su vocación bautismal, para que sepan discernir los impulsos del Espíritu y experimenten el gozo de evangelizar, para que en el conjunto de sus actividades desarrollen su sacerdocio bautismal como participación en el sacerdocio de Jesucristo que es el mediador entre Dios y la humanidad.

Desde esta experiencia, desde el gozo de la vocación recibida, juntamente con todo el presbiterio, deseo dirigirme en primer lugar a vosotros, **jóvenes**, que estáis reflexionando sobre vuestra presencia en la Iglesia. El próximo Sínodo de los Obispos, que se celebrará en Roma sobre el tema de los jóvenes, os ofrece ocasión y estímulo para que hagáis escuchar vuestra voz. Por eso agradezco especialmente el esfuerzo y la reflexión de quienes habéis respondido al cuestionario de consulta para preparar el Sínodo.

De la síntesis de las respuestas, realizada desde la Conferencia Episcopal, veo que el 60% valoráis el esfuerzo de la Iglesia por escucharos y agradecéis la labor de los que ocupan su tiempo en escuchar. Pero el porcentaje disminuye cuando se os pregunta si os sentís comprendidos o si veis recogidas vuestras aportaciones. Es una sensación semejante a la que sentís respecto a las distintas realidades en la sociedad de hoy.

Pedís de la Iglesia más actitud de escucha, que promueva nuevos espacios de encuentro, una mayor apertura hacia el mundo actual, la aceptación de las diferencias, la actitud de acoger y no de enjuiciar. Reclamáis verdaderos referentes para vosotros, que haya comunidades cristianas acogedoras y propositivas, que podáis ejercer un protagonismo real en la pastoral juvenil. Señaláis los campos en los que vuestra presencia puede ser más significativa y eficaz: la participación social, la promoción de la justicia, el cuidado de la ecología, la búsqueda de la paz y la solidaridad con los pobres. Y asimismo echáis en falta una cultura vocacional que os facilite el discernimiento y el acompañamiento.

Como obispo y servidor vuestro, y conmigo la diócesis entera, acojo vuestras reflexiones y expectativas, me siento solidario en vuestras

dificultades, entre otras vuestra inseguridad ante el futuro laboral, y ratifico mi confianza en vosotros para seguir buscando y realizando el proyecto de Dios en vuestra propia vida y en este mundo desorientado que os toca vivir. Encomiendo de modo más directo la importante y necesaria tarea de acompañaros a las parroquias y a nuestra Delegación de Pastoral Juvenil. Especialmente en vosotros, jóvenes, se encuentra la generosidad, la energía y el dinamismo que nuestra Iglesia necesita para recorrer los caminos nuevos que el futuro nos presenta. ¡Cuántas capacidades habéis recibido para servir a nuestro mundo en la Iglesia y desde la Iglesia! En vuestras diversas profesiones, y especialmente en la constitución de familias cristianas, podéis introducir una fuerza renovadora que sirva al bien de todos. Es el mismo Espíritu Santo el que os está animando a que seáis también protagonistas de nuestra vida eclesial y social.

Si en vuestra vida el Espíritu Santo ha depositado la vocación al presbiterado, al diaconado permanente, a la vida consagrada, al servicio misionero más allá de nuestras fronteras..., podréis ir descubriendo que es un regalo para la humanidad y una garantía para la felicidad personal. Ser llamados y sentirse enviados para una misión, permite a muchas personas experimentar el sentido de la vida, el gozo de vivir, el aliento de la esperanza, la plenitud del amor, la vida nueva generada por el Espíritu. En palabras del Papa Francisco: *“No tengáis miedo de escuchar al Espíritu que os sugiere opciones audaces, no dudéis cuando la conciencia os pida arriesgaros para seguir al Maestro”* (Carta a los jóvenes, enero 2017).

Al dar gracias por el gozo de la vocación pienso con cordial afecto en los **seminaristas**. ¡Cuánto esperamos de vosotros, seminaristas, de vuestra ilusión y de vuestra generosidad y valentía! Vivid vuestra vocación en cercanía y solidaridad con los jóvenes de vuestra generación y fomentad asimismo la cercanía a los miembros del presbiterio y a la vida real de las parroquias. Así iréis amando cada vez más a vuestra Iglesia concreta, asumiréis la responsabilidad que os corresponde y contribuiréis a renovarla y rejuvenecerla. Os recuerdo igualmente la importancia de una formación integral, que tenga en cuenta las distintas dimensiones formativas, y permitidme que subraye hoy, junto a vuestro recorrido espiritual y humano, la preparación intelectual, pues de este modo comprenderéis más adecuadamente los retos y desafíos del presente, tal como se expresa en vuestros contemporáneos. La Facultad de Teología tiene aquí un ámbito

fundamental de sus objetivos y preocupaciones, que debe ampliarse al diálogo con la cultura y a la formación de todo el Pueblo de Dios.

El gozo de la vocación para una importante misión en la Iglesia y en la sociedad se da también en el **matrimonio** y la **familia** cristiana, que merecen especial mención y atención pastoral. Constituyen hoy una auténtica vocación cristiana y eclesial, que exige convicciones y decisiones maduras y responsables. Están llamados a mostrar que pueden ser una verdadera “iglesia doméstica” donde se refleje la belleza del amor celebrado sacramentalmente y vivido con fidelidad, así como el proyecto ilusionante de acompañar a los hijos en su progresiva inserción en la vida social y eclesial. Vuestra vida familiar, queridas familias, aporta una contribución irrenunciable a la solidez y al fortalecimiento de las parroquias y comunidades eclesiales. Y vuestro dinamismo de fe y de amor cristiano es un testimonio evidente y beneficioso en medio de la sociedad. Los movimientos familiares han de desempeñar un papel inexcusable y reconocido por todos. La Delegación de Pastoral Familiar tiene hoy sin duda un campo de trabajo muy urgente y comprometido.

3. EL GOZO DE VIVIR COMO IGLESIA: “VENID Y VERÉIS”

“Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta: ‘¿Qué buscáis?’. Ellos le contestaron: ‘Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?’. Él les dijo: ‘Venid y veréis’” (Jn 1,38-39).

A lo largo de estos años de ministerio, quienes estamos celebrando el aniversario de nuestra ordenación, hemos asistido al caminar de la Iglesia, entre las luces y las sombras del mundo contemporáneo, pero atenta siempre a la escucha del Espíritu, que nos ayuda a reconocer comunitariamente los signos de los tiempos, para permanecer fiel a su identidad y misión. La Iglesia, nos decía el Concilio Vaticano II, “*sólo desea una cosa: continuar, bajo la guía del Espíritu, la obra misma de Cristo, quien vino al mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servido*” (GS, 3). “*Es necesario por ello conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo adverso que con frecuencia le caracteriza*” (GS 4).

Cuando hablamos de la renovación de la Iglesia, ésta consiste esencialmente en el crecimiento de la fidelidad a su vocación. Y nosotros, vivimos con gozo el esfuerzo de una conversión pastoral que lleva hoy a la Iglesia a querer ser y manifestarse, en palabras del Papa Francisco, como *“un lugar de la misericordia gratuita, donde todo el mundo pueda sentirse amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio”* (EG 114). Una figura de Iglesia que muestra su maternidad como actitud de acogida, de comprensión, de ternura. El Espíritu Santo, como hemos experimentado, sigue haciendo que, en medio de todo, aparezca la Iglesia como Madre, como familia y como hogar.

En determinados ambientes y sectores de la sociedad existe una imagen distorsionada de la Iglesia. Las críticas que se dirigen contra ella se deben, sin duda, muchas veces a incomprendiones y a prejuicios; encontramos personas distantes o reticentes, que consideran a la Iglesia como algo lejano y no la conocen desde dentro. Hay también quienes desechan lo que la Iglesia representa; siendo contrarios a los valores religiosos en general o a los cristianos en particular, resulta lógico que ofrezcan resistencia a una institución que, con todos sus límites, los encarna y los recuerda permanentemente. Pero también, hemos de reconocerlo, las críticas, legítimas y aún necesarias, se deben a nuestros pecados concretos, que en algunos casos llegan a escándalos que nos duelen a todos. Con humildad debemos pedir perdón por nuestra fragilidad y por nuestras incoherencias, actitudes y formas, que en ocasiones pueden dar sensación de prepotencia o de condenas injustificadas carentes de misericordia. Hemos de asimilar, por el contrario, cada vez más las palabras y actitud de la Virgen en el Magnificat, viviendo la fe de los pobres y sencillos, saliendo a su encuentro y confiando en las acciones de Dios en favor de la humanidad entera.

Nosotros, con la ayuda de Dios, con humildad, con amor de obras y de verdad, sintiéndonos cercanos a las preocupaciones y expectativas de quienes encontramos en el camino de cada día, estamos llamados a configurar una Iglesia de puertas abiertas para que resuenen de modo creíble las mismas palabras con que Jesús respondió a sus primeros discípulos: *“Venid y veréis”* (Jn 1,39). ¡Ojalá se despierte cada vez más la actitud, e incluso el ministerio de la acogida, mostrando el calor humano y fraterno que diga espontáneamente *“bienvenidos a la casa común”*!

En la Visita Pastoral me voy encontrando con muchos que os sentís miembros activos de la Iglesia: os animo a que descubráis y valoréis más de cerca lo que el Espíritu Santo sigue realizando en ella, rescatándola permanentemente de la infidelidad de sus miembros, rejuveneciéndola con nuevos dones y empujándola a recorrer los nuevos caminos que va abriendo delante de nosotros. Como os he dicho varias veces en mis mensajes dominicales, cada uno de los bautizados tiene que reconocer el don que ha recibido en beneficio de todos. Los **laicos** sois Iglesia y debéis manifestarlo en vuestra vida cotidiana, en todas vuestras actividades en la sociedad y en el mundo. Me gustaría que cada uno de vosotros se preguntara de modo personal: ¿qué puedo yo aportar para que la Iglesia realmente refleje toda la belleza del Espíritu?

A los **sacerdotes** os recomiendo también que no os canséis de acoger, de estimular, de potenciar lo que cada uno de los bautizados puede aportar. Valorad también la riqueza de nuestro presbiterio. Cada uno ha sido llamado desde sus circunstancias y limitaciones, y con la unción del Espíritu ha entregado lo mejor de su vida y de sus ilusiones al servicio de los demás. Sentíos unidos en el mismo proyecto y seguid convirtiendo nuestra Iglesia en una familia donde todos puedan encontrarse acogidos y comprendidos. Potenciad el trabajo en equipo desde las plataformas y estructuras que se van creando en la reorganización diocesana: Arciprestazgos, Delegaciones, Comisiones arciprestales, Unidades Parroquiales. No dejéis de cultivar una formación permanente sistemática y profunda: es una tarea ineludible en esta época de cambios, que tantas veces nos sorprenden por su rapidez y su radicalidad. Todo ello, si lo hacemos desde el júbilo de nuestra vocación, servirá para contagiar a niños y jóvenes, de modo sencillo, el ideal de la vida sacerdotal.

También en vosotros, los **consagrados**, he podido constatar la admirable acción del Espíritu. En mis visitas me he acercado a vuestro testimonio de vida, a vuestras situaciones más reales, a vuestros problemas y dificultades, y me ha asombrado la solidez que aportáis a nuestra Iglesia con vuestra fe y vuestra esperanza, con vuestra vida comunitaria y vuestro servicio a los más pobres y necesitados. No puedo dejar de recordar los monasterios de **vida contemplativa**, porque el amor que experimentáis en vuestra oración constante es el aliento que permite respirar a toda

la Iglesia. Mi visita nos ha hecho experimentar de modo visible que la diócesis es la casa de todos. Tengo la firme convicción de que vuestra vida entregada al Amor es, aunque muchos no lo sepan, especialmente preciosa y valiosa para Dios, para la Iglesia y para la sociedad.

Como obispo os quiero servir a todos con un ministerio que es esencial para la Iglesia. Pero también es esencial, insisto, la vocación, el ministerio, el testimonio que aportáis cada uno de vosotros. La Iglesia nos necesita a todos –laicos, institutos seculares, consagrados, sacerdotes– porque el Cuerpo de Cristo vive gracias a la actividad de sus muchos miembros y órganos, cada uno de los cuales contribuye a su dinamismo. Todos nos enriquecemos mutuamente al caminar en sinodalidad. Y esta participación activa en la vida de la Iglesia sólo será efectiva cuando cada bautizado reconozca que el otro posee algo que él no posee y que sin embargo necesita, convirtiendo así las diferencias en bendición para todos y cada uno, y en una riqueza para la misión compartida. ¡Cuánto reconocimiento merece la constancia, la generosidad y la ilusión de quienes participáis de los distintos consejos pastorales en los ámbitos parroquial, arciprestal y diocesano aportando lo mejor de vuestra experiencia de fe y de vuestro compromiso cristiano en nuestra Iglesia! Ese caminar juntos es sin duda una expresión palpable y real de la comunión eclesial.

Seguramente nos falta la capacidad de asombro y de discernimiento para reconocer y valorar todo lo que el Espíritu está ya realizando, y lo que desea realizar por medio de nosotros. Con la mirada abierta y amplia de Pentecostés sabremos valorar y conjugar mejor lo viejo y lo nuevo, lo que acaba y lo que está naciendo, lo que poseo yo y lo que poseen los demás.

4. EL GOZO DE SERVIR A NUESTRA IGLESIA, PUEBLO DE DIOS QUE CAMINA EN BURGOS

“Porque el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por muchos” (Mc 10, 45).

De la Iglesia, Pueblo de Dios, llamado a llevar el Evangelio hasta los confines de la tierra, forma parte la Iglesia que camina en Burgos, a la que tenemos el gozo de servir como “discípulos misioneros”; como seguidores

de Jesucristo, anunciando su mensaje más que con palabras con la propia vida; como personas de fe y de esperanza que comparten y tratan de ofrecer respuesta a los problemas personales y sociales de nuestro entorno. La Iglesia existe en lo concreto, en nuestra diócesis, en las personas que con su presencia y su compromiso, con su apoyo –también con su crítica–, la hacen real y presente en esta sociedad burgalesa. En ella vive y actúa el Señor resucitado por la fuerza de su Espíritu. Y todos nosotros estamos llamados, según la responsabilidad que Dios nos ha dado a cada uno, a servir como piedras vivas en la edificación de nuestra Iglesia, aquí y ahora, en este tiempo que es el nuestro. Desde mi profunda unión con vosotros, no me canso de decir, como san Pablo, que sois mi gloria y mi alegría (cf. 1Ts 2,20).

Quiero hacer, en primer lugar, memoria agradecida de la acción de Dios que acompaña a nuestra Iglesia en Burgos:

Deseo valorar ante todo la presencia y la actividad de las **parroquias**, donde la Iglesia vive entre las plazas y las calles de nuestras ciudades y pueblos, manifestando su maternidad y cercanía, porque va acompañando los acontecimientos fundamentales de la vida de las personas: el nacimiento, el crecimiento, el amor, el perdón, la enfermedad, la muerte. En torno a las parroquias, de modo más directo y entrañable en los ámbitos rurales, nuestra Iglesia se va cargando de humanidad, del espesor de la existencia humana con sus esperanzas e ilusiones, con sus miedos y dificultades, ofreciendo hospitalidad y acogida porque la fuerza del Espíritu la sostiene y acompaña.

En nuestra Iglesia la creatividad y la fecundidad del Espíritu se ha manifestado también en **otras instituciones y organismos** que han ido surgiendo como respuesta, desde el Evangelio, a las necesidades y expectativas de la vida social: Centros educativos y centros de formación, delegaciones de pastoral, servicios sociales a los más necesitados, defensa de la justicia, iniciativas lúdicas y culturales...

Gracias igualmente por la ilusión y por la generosidad de muchas personas que se dejaron impulsar y convocar por el Espíritu para dar origen a **asociaciones, movimientos, cofradías, hermandades** que tan intensamente han configurado el entramado de nuestra vida social y el dinamismo ciudadano. Tantos esfuerzos y desvelos son un testimonio elocuente de gratuidad, expresan una voluntad de servicio que no se

puede medir desde los criterios de la economía o de la utilidad, y son en la diócesis, sin duda, fuente de alegría. Sin ellos nuestra Iglesia vería muy disminuida su presencia pública y su capacidad de testimonio.

He podido contemplar también con enorme satisfacción, en mi servicio como obispo, hasta qué punto nuestra diócesis –gracias a esa multitud de testigos– está **presente en el tejido social**. Con vuestra ayuda he podido cruzar muchas puertas, acceder a lugares de encuentro, entrar en contacto con el palpitar del pueblo y sus sentimientos más auténticos. Ese pueblo ha podido sentir la Iglesia como su familia y la Iglesia se ha podido sentir entre el pueblo como en su casa. Es un gozo profundo constatar que nuestra Iglesia ha sido, y sigue siendo, cercana, solidaria, servicial, generosa. ¡Qué rica herencia hemos recibido! ¡Qué orgullosos podemos sentirnos por la fecundidad que el Espíritu ha mostrado entre nosotros! Los **santos** y los **misioneros**, los doscientos mártires de nuestra diócesis (que se recuerdan en el calendario diocesano), han surgido de familias que han estado siempre dispuestas a compartir, a regalarse, a abrirse a las necesidades de los demás.

Hacemos asimismo memoria agradecida del **octavo centenario de nuestra Catedral** (cuya celebración estamos ya comenzando a preparar), porque confirma que la fe se hace cultura y arte, belleza que asombra, seduce y eleva el espíritu. Y a la importancia de la Catedral se une el esplendor incomparable de nuestro **patrimonio**, que suscita también nuestra admiración y que se ofrece a todos los visitantes como una posibilidad de encuentro con el testimonio de la fe que se ha mantenido y se ha transmitido a través de los siglos en nuestra tierra.

Pero junto a la memoria agradecida, nos apremia la necesidad, el compromiso y la urgencia de lo que nos queda por hacer. Necesitamos seguir entregados a la misión de la Iglesia a la que el Espíritu Santo nos sigue llamando. La fe cristiana es tradición y memoria, pero también futuro y proyecto. Como obispo vuestro me siento urgido a recordaros que hemos de seguir manteniendo la ilusión y la alegría de evangelizar, ofreciéndonos unos a otros y a la sociedad en la que estamos inmersos la fuerza transformadora del Evangelio. *“El mundo necesita el Evangelio de Jesucristo como algo esencial, nos dice el Papa Francisco. Él, a través de la Iglesia, continúa su misión de Buen Samaritano, curando las heridas sangrantes*

de la humanidad, y de Buen Pastor, buscando sin descanso a quienes se han perdido por caminos tortuosos y sin una meta” (Mensaje Jornada Mundial Misiones, 2017). Así pues, debemos dejarnos guiar por el Espíritu de Pentecostés para discernir los signos de nuestro tiempo, para avanzar, evangelizando, por los caminos inéditos que está abriendo la evolución del momento histórico en que vivimos.

Nuestra sociedad burgalesa está experimentando las profundas transformaciones de la civilización actual y las tensiones provocadas por un cambio de época, en las que la Iglesia se siente llamada a aportar su presencia, su testimonio y su experiencia. Tenemos **retos importantes** en los que como cristianos hemos de trabajar; entre otros: contribuir a la integración entre las generaciones; ofrecer la acogida necesaria en una sociedad que se va haciendo multicultural e individualista; desarrollar actitud de diálogo en el seno de una laicidad que en ocasiones se convierte en laicismo militante y agresivo; ofrecer la propia concepción de persona, matrimonio y familia, coherente y atractiva en medio de la revolución antropológica e ideológica del momento, con el desafío pastoral que se plantea (ideología de género, nuevos modelos de familia...); superar la polarización que puede crear la tensión política; discernir las novedades que introducen las nuevas tecnologías...

Ante todo lo que queda por hacer, se puede despertar en nosotros el miedo a lo desconocido, a lo insospechado, a la escasez de recursos personales, debido en gran medida al envejecimiento de nuestra gente y al despoblamiento de nuestra región. Pero *“mi fuerza y mi poder es el Señor”*, cantamos en la liturgia, y sabemos con confianza que el Espíritu viene siempre en ayuda de nuestra debilidad. A través de la misión de la Iglesia, Jesucristo sigue evangelizando y actuando. A través del anuncio del Evangelio Jesús Resucitado se convierte de nuevo en contemporáneo nuestro, de modo que quienes lo acogen con fe y amor experimentan la fuerza transformadora de su Espíritu. En nosotros está configurar una Iglesia que camina cada vez más como Pueblo de Dios, dejando espacio y protagonismo a las *“piedras vivas”* que somos cada uno de los bautizados especialmente de las nuevas generaciones. *“Los desafíos están para superarlos. Seamos realistas, pero sin perder la alegría, la audacia y la entrega esperanzada. ¡No nos dejemos robar la fuerza misionera!”* (EG 109).

5. EL GOZO DE SALIR A COMUNICAR EL EVANGELIO

“Estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos”
(Jn 20,19).

También los seguidores de Jesús estuvieron abrumados por la angustia y el fracaso a raíz de su muerte, porque parecían desaparecer el futuro y la esperanza. La Resurrección los convocó de nuevo en torno a la alegría del reencuentro con Jesús. Aún entonces permanecía la tentación de recluirse en el Cenáculo, saboreando los recuerdos y la vida comunitaria, pero con las puertas y las ventanas cerradas. Corrían el peligro de satisfacerse evocando lo acontecido, aislándose de las borrascas y tempestades del mundo que les rodeaba, tan inmenso, tan plural, tan complejo, tan impredecible.

El Espíritu Santo, protagonista de la evangelización, empuja a salir de todos los cenáculos. Es cierto que éstos son también necesarios, porque es necesaria la vida comunitaria, la oración común, el memorial eucarístico, el amor fraterno. Pero pueden degenerar si se convierten en rutina, en parroquialismo, en miedo al riesgo, en espiritualidades desencarnadas. Serán fecundos si se despierta la voluntad de salir y compartir comunicando y ofreciendo a los demás el don que hemos recibido. Es conveniente, por ello, que revisemos nuestras actitudes para discernir si los espacios en los que vivimos y celebramos la fe dejamos que se conviertan en cenáculos cerrados, o si permitimos que el Espíritu abra las puertas y ventanas para que entre su luz y haga nuevas todas las cosas.

El futuro pasa por el mundo real que nos rodea y del que formamos parte, y en él, como nos recuerda la *Evangelii Gaudium*, debemos experimentar el gozo de salir, como los primeros discípulos, para contar a otros *“lo que hemos visto y oído”*. La Iglesia es así la madre fecunda que vive la dulce y confortadora alegría de evangelizar. De la fuente del amor más grande de Dios que se nos manifestó en Jesucristo nace la alegría que empuja al anuncio del Evangelio, a hacer descubrir su eterna novedad, a *“romper los esquemas aburridos en los cuales pretendemos encerrarlo... Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión,*

signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual” (EG 11).

Debemos contemplar este mundo con cordialidad y simpatía, con el ardor del Espíritu Santo y con la mirada maternal de la Virgen. Como frecuentemente repite el Papa Francisco, es el Espíritu Santo el que crea la pluralidad y las diferencias, y es Él mismo el que las orienta a la reconciliación y a la armonía. Vivimos en una humanidad que ha logrado objetivos grandiosos, como lo prueban las capacidades tecnológicas, las posibilidades de información y de comunicación, la educación y la sanidad universales, los sistemas de seguridad social... Aunque también hemos de reconocer que todos los logros humanos están con frecuencia contrapesados por sus lados oscuros: la manipulación e instrumentalización del ser humano, la pervivencia de las desigualdades sociales, el mundo de la pobreza y la marginación, las amenazas del paro, la precariedad de muchos salarios y pensiones, las barreras entre los países para quienes huyen de unos a otros, las presiones de la colonización cultural e ideológica, las guerras y confrontaciones bélicas, el aumento de las personas deprimidas y solas de modo especial entre los enfermos y ancianos...

Cuando nos vemos a nosotros mismos a la luz de Pentecostés debemos preguntarnos: ¿abrimos nuestro corazón y nuestra mente para que el Espíritu Santo siga depositando en nosotros proyectos evangelizadores nuevos e imaginativos?, ¿escuchamos las voces proféticas que nos interpelan y nos inquietan?, ¿percibimos los clamores del Espíritu desde las situaciones de irredención que aún existen en nuestro mundo?, ¿recuperamos la libertad interior para salir al encuentro también de lo que nos desestabiliza?, ¿nos llena de gozo el consuelo y el aliento que podemos aportar a tantas personas desorientadas y perplejas?

En nuestra diócesis estamos intentando que nuestras comunidades sean realmente iniciadoras, con procesos que deben acompañar la vida entera de los bautizados. El **proceso de iniciación** debe pasar por el Cenáculo, para que las nuevas generaciones saboreen la vida comunitaria, la liturgia, la oración, la Eucaristía, el compromiso. Pero ello debe abrirlos al horizonte de Pentecostés, a fin de que sepan discernir su vocación y su misión. El proceso de iniciación cristiana ha de desembocar en la inserción en la misión de Pentecostés, a fin de anunciar a Jesucristo desde

la experiencia personal y eclesial. En esta dirección hemos de recuperar el sentido genuino del sacramento de la confirmación, el sacramento de la crismación, de la acción sacramental, del Espíritu de Pentecostés.

¡Cuánto hay que exaltar y agradecer el esfuerzo de las familias cristianas que acompañan con fidelidad y generosidad el progreso de maduración de sus hijos, tanto en el campo humano como en el eclesial y cuidando de sus mayores con generosa entrega en cualquier situación familiar! Viviendo de modo cotidiano su vocación pueden ser realmente consideradas como “iglesias en miniatura”, auténticas células de la Iglesia en la sociedad.

6. EL GOZO DE SEMBRAR COMO DISCÍPULOS MISIONEROS

“Salió el sembrador a sembrar...” (Mt 13, 3).

A la luz de Pentecostés debemos releer en toda su frescura la parábola del sembrador que Jesús contó a sus discípulos para invitarlos a llevar la semilla del Reino de Dios a todos los lugares de la tierra. *“Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos...”* (Mt 28, 19). Es el mandato misionero de Jesús al que obedece la evangelización en la Iglesia. Teniendo en cuenta que Jesús y sus discípulos constataron también que parte de la semilla caía en tierra buena, en los corazones pobres y sencillos que acogían con prontitud y con gozo la Buena Nueva; pero que también caía al borde del camino, entre zarzas, en terreno pedregoso..., porque siempre son muchos los indiferentes, los inconscientes, los inconstantes.

Es propio del sembrador el gozo de sembrar y el gozo de la cosecha. Como es cierto igualmente en nosotros el gozo de sembrar como discípulos misioneros. Porque *“la alegría del Evangelio que llena la vida de la comunidad de los discípulos, es una alegría misionera”* (EG, 21). Pero también conocemos cuántos son hoy los factores que dificultan la acogida de la Palabra, que es la semilla. En cada uno de nosotros y en el mundo que nos rodea hay caminos áridos, piedras, malezas (el egoísmo, el consumismo, el hedonismo, la búsqueda de lo inmediato...) que no favorecen ni la siembra ni el fruto. Pero también hay tierra fértil y en nosotros está confiar en la fecundidad y eficacia del Reino proclamado por Jesús.

A nosotros se nos pide discernir la situación, generar las actitudes propicias y elaborar planes y proyectos, pero siendo conscientes de que no somos los señores de la historia ni de la libertad de quienes nos escuchan. Es importante, especialmente, como nos recuerda el Papa Francisco, cultivar *“la pasión por sembrar, por regar serenamente lo que otros verán florecer”* (Viaje a Bolivia, 2015), cuidando los brotes que vemos en lo concreto de nuestra actividad. Y es verdad que necesitamos los recursos, la tenacidad, el esfuerzo, el trabajo, la planificación..., pero os recuerdo algo que todos sabéis: que la fuerza de la Iglesia no se fundamenta en los medios humanos, ni siquiera en ella misma, sino en Dios y en su Espíritu.

Nuestra siembra estará siempre amenazada por la cizaña, pero no somos nosotros los jueces últimos, no debemos arrogarnos unas pretensiones que no nos corresponden. *“El sembrador, cuando ve despuntar la cizaña en medio del trigo, encuentra la manera de que la Palabra se encarne en un situación concreta y dé frutos de vida nueva, aunque en apariencia sean imperfectos e inacabados”* (EG 24). ¿Quién de nosotros puede decir ya si la cosecha es escasa o abundante?, ¿quién puede condenar antes de penetrar en el corazón de las personas? Como Jesús, nosotros actuaremos con la actitud de quien sirve generosamente, con la misericordia paciente del Padre y con el gozo del Espíritu, que siempre va por delante y que sopla y actúa donde tal vez nosotros no podemos sospechar. La siembra de la Palabra se hace viviéndola, dando el ejemplo, y luego invitando desde la libertad a conocerla, acogerla y disfrutarla. Es el trabajo diario de vivir como Jesús nos enseñó.

Con esa confianza en el Espíritu, que daba fuerza a la actividad de Jesús, tendremos la valentía de plantear cuestiones que han de estar siempre en el centro de nuestras reflexiones pastorales y de las revisiones que nunca debemos eludir: ¿cuál es el ámbito nuevo en el que hay que depositar la semilla?; ¿cuál es la frontera que hemos de cruzar?; ¿cuál es la orilla en la que hemos puesto nuestros pies gracias a un encuentro, a una palabra, a una colaboración?; ¿a qué periferias podríamos llegar con la luz y la fuerza del Evangelio?; ¿comprendemos y apoyamos a quienes están roturando para iniciar una presencia en los escenarios nuevos de nuestra civilización? Con sencillez, con humildad, y al mismo tiempo con la convicción de que hay en nosotros una fuerza que no procede de nosotros sino del Espíritu que nos envía.

Es ese Espíritu el que ha ido suscitando **iniciativas y compromisos pastorales** que, como fruto de la siembra evangélica y generosa, he podido percibir en diversos ámbitos de nuestra vida social; y por ello quiero dar gracias a Dios: en el fenómeno de la inmigración, colectivos eclesiales que acogen, acompañan y ayudan a la integración de quienes vienen de fuera; en el mundo rural, tantas veces olvidado por las administraciones públicas y por los proyectos económicos, la presencia y la entrega de los sacerdotes y de laicos que atienden el templo y promueven actividades comunitarias; ante el empobrecimiento provocado por la crisis, con empleos precarios y con el resultado de una sociedad dual que se prolonga sin esperanza, el trabajo de Cáritas y sus voluntarios, así como la denuncia y acción concientizadora de movimientos apostólicos especializados; ante el triste fenómeno de jóvenes que se ven empujados al paro o a la emigración, iniciativas económicas y empresariales de carácter alternativo; ante la desgracia de quienes se ven privados de libertad, hay numerosos voluntarios que les ofrecen una cercanía que los dignifica y los reintegra en la vida social; ante el escandaloso negocio de la trata o la constante violencia doméstica, hay grupos cristianos e instituciones eclesiales que tratan de rescatar de su opresión o de su soledad a tantas mujeres sin fuerzas o sin recursos...

En mi servicio de obispo he de alentar, empujar, urgir, a tiempo y a destiempo, compromisos de este carácter, porque son fruto de la fecundidad de la semilla del Reino y porque sólo así seré fiel a la misión que el Espíritu Santo me ha confiado, junto a mi presbiterio, para acompañar a esta Iglesia en Burgos en el presente y hacia el futuro. Mi insistencia vive de la convicción de que el Espíritu está actuando en la Iglesia, al igual que en el pasado, y por ello debemos escuchar, cuidar y acompañar sus iniciativas entre nosotros y salir a sembrar, sin miedo.

Recientemente nos ha regalado el Papa Francisco una nueva Exhortación Apostólica, *Gaudete et exultate*, sobre la llamada a la santidad en el mundo actual. En ella nos dice que *“la santidad es audacia, es empuje evangelizador que deja una marca en este mundo. Para que sea posible, el mismo Jesús viene a nuestro encuentro y nos repite con serenidad y firmeza: ‘No tengáis miedo’ (Mc 6, 50). “Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos” (Mt 28, 20). Estas palabras nos permiten caminar y servir con esa actitud llena de coraje que suscitaba el Espíritu Santo en los Apóstoles*

y los llevaba a anunciar a Jesucristo... Ojalá nos sintamos apremiados por su amor (cf. 2Co 5,14) y podamos decir con san Pablo: ¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!” (1Co 9,16) (GE, 129, 130).

7. EL GOZO DE CELEBRAR LOS FRUTOS DEL ESPÍRITU SANTO EN NUESTRA VIDA

“El fruto del Espíritu es: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, dominio de sí” (Gal 22,23).

El don del Espíritu Santo ha sido dado en abundancia a la Iglesia y a cada uno de nosotros, para que vivamos con fe viva y caridad operante; y para que podamos llevar al mundo los frutos de su presencia. Es la misión de la Iglesia, que nos urge y se abre ante nosotros con mucho camino por hacer. Pero al mismo tiempo os invito a dar gracias y a celebrar con gozo los frutos del Espíritu de los que somos testigos y servidores. Ni la resignación ni el derrotismo son actitudes cristianas. Siendo cuidadosos en el discernimiento nos dejaremos sorprender por las maravillas de la gracia. En la misma Exhortación Apostólica citada, el Papa, que nos invita a dejar que la gracia de nuestro bautismo fructifique en un camino de santidad, nos dice que el santo vive con alegría y *“sin perder el realismo, ilumina a los demás con un espíritu positivo y esperanzado”*, porque *“ser cristiano es gozo en el Espíritu Santo”* (GE 122).

Para ello debemos purificar muchos de nuestros criterios, tal vez incluso despojarnos de algunos modos de valorar lo que sucede entre nosotros. ¿No estamos apegados a los criterios mundanos del éxito y del triunfo?, ¿no estamos condicionados por nuestra experiencia eclesial de etapas anteriores y por ello minusvaloramos lo actual? Como nos recuerda el Papa Francisco, después de involucrarnos hasta tocar la carne sufriente de Cristo en el pueblo, debemos acompañar los procesos, cuidar los frutos y festejar cada pequeña victoria, cada paso adelante en la evangelización (cf. EG 24).

Necesitamos adoptar la mirada limpia del Espíritu para admirarnos de la generosidad de quienes, en medio de tantas dificultades y debilidades, siguen apoyando las actividades de la Iglesia, de quienes frecuentan y

hacen vivas las Eucaristías dominicales, de los padres y madres de familia que se preocupan por la educación cristiana de sus hijos, de quienes viven evangélicamente sus tareas profesionales, de quienes dan testimonio de su fe en el espacio público, de los agentes de pastoral que superan el desánimo y la apatía de sus ambientes, de los catequistas que con tanta ilusión dedican su tiempo a transmitir la fe a las nuevas generaciones, de quienes en su declaración de la renta siguen recordando a la Iglesia y otras obras sociales, de quienes atienden los templos y las sacristías... Todo ello es un milagro de la gracia, un don del Espíritu, que debe ser celebrado por los pastores y por toda la comunidad eclesial.

Nuestro discernimiento debe estar atento a los brotes, a veces casi inapreciables, para seguir cuidándolos. Cada uno podrá ver en su entorno una **variedad de manifestaciones:** movimientos que nacen y asociaciones que se consolidan, la iniciativa del diaconado permanente, experiencias de vida consagrada renovada, experiencias misioneras, catecumenados y encuentros de oración, propuestas vocacionales, integración de inmigrantes, proyectos culturales y sociales... Valoremos y privilegiemos, con nuestro apoyo y nuestro reconocimiento, estos caminos que nos van conduciendo hacia el futuro. Desde la celebración compartida se irán suscitando posibilidades siempre nuevas. Así le sucedió a san Pedro cuando, en medio de dudas y reticencias, acudió a casa del centurión Cornelio: allí descubrió que el Espíritu Santo había descendido sobre los que antes consideraba paganos, y allí pudo celebrar la fiesta de la conversión y del bautismo. A partir de hechos sencillos y aparentemente insignificantes se desplegó el horizonte del futuro de la Iglesia, que en su compromiso evangelizador debe llegar a todos, creyentes y no creyentes, cercanos y lejanos.

Para recorrer estos nuevos caminos la **tarea de acompañamiento** resulta cada vez más importante, incluso imprescindible. En nuestras circunstancias los procesos son largos y sus protagonistas en ocasiones frágiles e inexpertos. Os aliento a cultivar el carisma y el ministerio del acompañamiento para animar, estimular, comprender y perdonar. Así seremos capaces de seguir avanzando y de recorrer caminos nuevos entre todos, sintiéndonos apoyados unos por otros en el proyecto que debemos realizar sinodalmente, en comunión eclesial.

Una espiritualidad cristiana evangelizadora debe vivir los dones del Espíritu, que en nuestro tiempo y circunstancias adoptan formas diversas:

- comprensión y profundización de todo aquello que favorece el proyecto de Dios sobre la humanidad y nuestra participación en él;
- facultad de discernimiento de las realidades del mundo y de la Iglesia desde los criterios del mismo Dios;
- sensibilidad y apertura para captar los signos de su presencia y acoger su interpelación y sugerencias;
- valentía y coraje para afrontar las dificultades externas y las debilidades propias;
- reconocimiento filial de la grandeza de Dios, que es el origen y la meta de la salvación y la felicidad humanas;
- vigilancia para descubrir que en cada hermano, especialmente el más pequeño, frágil, indefenso y necesitado, está presente la imagen misma de Dios.

8. LA VIRGEN MARÍA, GOZO DE NUESTRO PUEBLO

“Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo” (Lc 1,28).

El mes de mayo, en el que estamos celebrando tanto la fiesta de Pentecostés como la de san Juan de Ávila, pone delante de nuestros ojos la figura de María, que ha sido desde antiguo el gozo de nuestro pueblo, el *“orgullo de nuestra raza”*, porque ella misma experimentó desde la Anunciación la alegría del Dios que no abandona a sus hijos, especialmente a los más pequeños.

María, la Virgen Madre, hace su aparición en los Evangelios al acoger la invitación a la alegría que le dirigió el ángel en nombre de Dios. Ese gozo la empujó a salir, para ir al encuentro de su prima Isabel y a cantar las maravillas del Señor, que había devuelto la fecundidad a una mujer estéril y que se disponía a colmar las aspiraciones de los más sencillos y humildes. Bajo el aliento del mismo Espíritu fue realizando la peregrinación de la fe como discípula misionera, siguiendo de cerca la entrega de Jesús hasta la muerte y haciéndose presente a los pies de la cruz.

Jesús crucificado, antes de morir, puso en sus manos y bajo su cuidado a la Iglesia entera, representada en el discípulo amado, cuando debían afrontar un futuro difícil y cargado de incógnitas. Fiel a su misión, ella se encontraba en el seno de la Iglesia naciente para acoger el don del Espíritu Santo que la empujaba a salir a la misión entre los pueblos del mundo. Y, una vez glorificada junto al Hijo resucitado, sigue actuando como Madre que acompaña a sus hijos peregrinos actuando como consuelo de los afligidos y reina de los apóstoles. Por eso es reconocida y cantada como gozo del pueblo cristiano.

“María, la estrella de la nueva evangelización, como la llama el Papa Francisco, contemplativa del misterio de Dios en el mundo, en la historia y en la vida cotidiana..., la mujer orante y trabajadora en Nazaret y Señora de la ‘prontitud’ que sale de su pueblo para auxiliar a los demás sin demora” (EG 288). La humilde servidora del Señor y la primera evangelizadora, con la voz de su silencio, la certeza de su fe, la fuerza de su esperanza y la profundidad de su amor.

Santa María, Virgen y Madre:

Tú eres modelo e ideal de la Iglesia.

En ti se muestra como realidad viva lo que la Iglesia está llamada a ser: virgen, por su transparencia a la acción de la gracia y madre, por generar la Vida del mundo.

A ti he confiado mi existencia como cristiano, como sacerdote y como obispo, y a ti encomiendo a cada uno de los hijos de nuestra Iglesia en Burgos, para que sigamos siendo fieles a la misión que hemos recibido y para que irradiemos con nuestra vida el gozo del Espíritu.

Unidos a ti, quiero que entonemos, todos juntos, este canto de alabanza: “Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador” (Lc 1,46-47s).

+ Fidel Herráez Vegas

Burgos, 19 de mayo de 2018

Vigilia de Pentecostés